

LA RECEPCIÓN DEL LENGUAJE EN LA EVOLUCIÓN HUMANA: DETALLES SOCIOLINGÜÍSTICOS

JOSÉ URIARTE ULARGUI
UNIVERSIDAD DE LA RIOJA

Resumen: *De todos es sabido que el hombre es un compuesto de animal e inteligencia que posee la capacidad de absorber las diferentes realidades que le rodean hasta amoldarlas para sí o para los demás. Desde la perspectiva de la recepción de realidades se encuentra una que se ajusta casi por entero a la lógica mental y al uso de la razón: el lenguaje. ¿Es el lenguaje el que hace al hombre o el hombre el que hace al lenguaje? La filosofía lingüística de las últimas décadas ha demostrado que el aprendizaje de una determinada lengua y de sus diferentes realidades va acompañado a la vez de un aprendizaje o de una madurez personal que nunca es el mismo en todos los casos pero que sí se puede contextualizar en las múltiples sociedades de hoy día. ¿En qué medida influye el lenguaje en el proceso de realización mental e intelectual de una persona? En este punto, el hombre adquiere unas destrezas comunicativas que, preferentemente, se desarrollan a través del habla y de la escucha de otras destrezas comunicativas. El estudio diacrónico de los hábitos comunicativos ha quedado obsoleto debido a los rápidos cambios sociales y contextos lingüísticos que provocan a su vez un mayor crecimiento en cuanto al volumen de los pequeños estudios del lenguaje en su nivel sincrónico. Partiendo desde la primera etapa del nacimiento hasta la de la vejez, el artículo expone una serie de acontecimientos sociocomunicativos relacionados todos ellos con el lenguaje, y la capacidad que el hombre posee para situarse en figura receptiva de tales fases lingüísticas reflexionando en cada de una de las etapas vitales y buscando las causas y las consecuencias de dicha recepción.*

Palabras clave: recepción, lenguaje, acto comunicativo.

Abstract: *It is well known that man is a compound of animal and intelligence that has the capacity to absorb the different realities around him adapting them to himself or to the others. From the perspective of the reception of realities there is one that adjusts itself almost completely to mental logic and the use of reason: language. Is it language that makes man or is it man that makes language? The linguistic philosophy of the last decades has proved that the learning of a specific language and its different realities is accompanied by a process of learning or personal maturity that is never the same in all cases but that can, indeed, be contextualized in today's multiple societies. To what extent does language influence a person's process of intellectual and mental fulfillment? At this point man acquires a number of communicative skills that are mainly developed by means of the speech and the listening of other communicative skills. The diachronic study of communicative habits has gone obsolete due to the fast social changes and language contexts that cause, in his turn, a greater growth of the volume of minor synchronic language studies. Starting from the first stage of birth to old age, this paper presents a number of socio communicative events, all of them related with language and the capacity that man has to establish himself as a receptive figure of such linguistic stages, in each of the vital stages, looking for the causes and consequences of such reception.*

Keywords: reception, language, communicative act.

1. Introducción

El lenguaje es un sistema de comunicación complejo en el que el hombre participa de forma crucial hasta construir un mundo de múltiples realidades. La antropología actual descubre esas realidades desde el punto de vista lingüístico ya que el hombre actúa en interacciones sociales y en cuyo foco de atención permanente se encuentra el lenguaje. Las investigaciones pragmáticas estadounidenses de los últimos años han sacado a la luz estadísticas que demuestran que el hombre emplea aproximadamente el 70% de sus horas diarias en comunicarse verbalmente, es decir, entre trece o catorce horas en las que la actividad consiste en escuchar, hablar, leer y escribir.

En estos cuatro verbos se han centrado los lingüistas para elaborar ese sistema complejo de signos que llamamos lenguaje. Hoy día existe un consenso para definir "lenguaje" como acto comunicativo, pero no para cerrar el círculo de experiencias que componen ese acto comunicativo. ¿A qué llamamos lenguaje? ¿Es una planta un signo lingüístico? ¿Y una sola letra? ¿Un gesto de la cara? No hay un acuerdo general para delimitar el número de signos que existe en la realidad que defina de una manera precisa el lenguaje. Este concepto, en el hablante medio, se reduce únicamente al acto de hablar y de escribir, aunque es sabido que su desarrollo o profundización va mucho más allá de unos hechos meramente sencillos como el de hablar o el de escribir. Ya los filósofos grecolatinos entendieron que el concepto de lenguaje está asociado a una capacidad mental del hombre que se desarrolla y crece a medida que este avanza en edad y de crecimiento personal. Sin embargo, también es cierto que es una tarea compleja el establecer un paralelismo entre la cuestión receptiva del lenguaje y el avance del cómputo temporal de una persona. Básicamente porque ni existen personas iguales, ni recibimos comportamientos lingüísticos semejantes y ni las experiencias vitales de todos los hablantes que existen son homogéneas. Entre todos los factores de crecimiento humano se encuentra el lenguaje, y en ese primer paso se sitúa la receptividad.

En el camino del hombre en el proceso de recepción actúan a la vez los sentidos y las emociones. Es, por tanto, un camino tortuoso pleno de dificultades y obstáculos del que no podemos abstraernos de aquellas condiciones que permiten ese proceso comunicativo. La primera de esas condiciones es la relación mediata entre el lenguaje y el pensamiento. Los más puristas de los filósofos del lenguaje han llegado a encontrar vínculos muy estrechos entre ambos conceptos, y no van mal encaminados. La explicación más sencilla y simple que encuentro es que pensamos a través del lenguaje, siempre y cuando condicionemos al concepto de lenguaje desde el sentido más amplio de la palabra, es decir, lenguaje es todo acto comunicativo. Un ejemplo: cuando una persona piensa en otra persona a la que quiere, a la vez se ponen en marcha unos mecanismos mentales en los que entran en juego las capacidades lingüísticas, que en este caso podrían ser los conceptos de "amor", "ternura", "cariño", etc. Quizá la persona no sea consciente de este proceso mental mientras dura el pensamiento, pero no es menos cierto que esos conceptos surgen de forma espontánea que parten del caos primigenio de esos pensamientos. Sin tratar de querer exagerar demasiado, pienso que el hombre, si soltara por la boca todo cuanto pensara se pasaría la vida hablando, porque como ya demostró Freud, entre otras cosas, el hombre también vive y se comunica a través de los sueños. El segundo factor lo encontramos también en el cerebro. Las primeras percepciones comunicativas que actúan en la mente necesitan de un orden. Esas percepciones podrán salir al exterior o no, pero en cualquier caso el hombre reestructura en su disco duro de la mente todo cuanto ha pensado para no dejar inacabado el acto comunicativo. Lo sorprendente de este paso es la rapidez y la agilidad que poseemos para dar un sentido a lo que pensamos, y es aquí dónde explícita e implícitamente se fundamenta el lenguaje. Es también en este segundo paso donde podríamos decir que nos diferenciamos de los animales, ya que a través de la inteligencia y de la razón el lenguaje se hace presente y por extensión, el sentido de la vida. El tercer condicionante se ancla en un estado más fijo y riguroso: la expresión lingüística. El acto comunicativo se completa en el instante en el que el hablante cumple con su función de emisor y el receptor con la de descodificar y aceptar el mensaje. Es el emisor el que ya ha cumplido previamente con el papel de receptor de lenguaje, porque para que exista un acto comunicativo el emisor debe

recibir, descodificar y aceptar toda la realidad lingüística que le rodea inmersa en un estado sociocultural.

Fuera de estas condiciones encontramos otras que también intervienen en el proceso sin estar incluidas en un orden lógico de ese proceso comunicativo aunque sí participan activamente. Una de ellas es el uso de las emociones. Cada etapa de la vida sentimos experiencias distintas en parte a que nuestras emociones son cambiantes. No es lo mismo amar a los veinte años que a los sesenta sin entrar a valorar si es peor o mejor una etapa u otra. A este factor hay que añadirle otro que va irremediamente unido como es el de los valores y actitudes. El hombre posee una personalidad independiente y única, que nunca es igual a otra, y ese modo de ser y de actuar, esto es, sus rasgos personales son parte importante en la realización y creación del lenguaje. Alguien de carácter curioso siempre tendrá mayores posibilidades (en un marco subjetivo de la realidad claro está) de recibir y guardar un número más extenso de palabras y de conocimientos lingüísticos que una persona de carácter pasivo. En este punto hay que destacar otro de los factores que hacen del hombre su realidad lingüística: el volumen de información. El lenguaje incluye entre sus componentes el reconocer que el conocimiento es ilimitado. El hombre jamás podrá a llegar a conocer todo cuanto existe. Es el infortunio y la suerte de saber que la información es ilimitada y a la vez maravillosamente rica y variada.

El presente artículo pretende detenerse en las etapas vitales de la recepción del lenguaje del hombre. Lo podemos resumir en una pregunta: ¿Cómo recibe el hombre a lo largo de su vida el lenguaje y cómo lo expresa? Voy a llevar a cabo una reflexión muy general de la primera parte de la pregunta incluyendo a su vez a la segunda parte. La incluyo porque la primera no camina sin la segunda.

No es mi propósito el crear una teoría objetiva del lenguaje ni la de asentar unas bases de por sí predeterminadas por infinidad de autores de épocas pasadas. Es justo reconocer que el modelo de sociedad que conocemos hace que el estado del lenguaje sea tan cambiante como esa misma sociedad en constante movimiento. La dicotomía mente-cuerpo y la filosofía aristotélica me ha ayudado a mucho a reflexionar el comportamiento humano en su relación con el lenguaje. Estas palabras que a continuación van a leer nos es sino una reflexión de cómo el hombre se ha hecho a sí mismo a través del lenguaje y cómo ha utilizado este recurso para manejarse en el contexto sociocultural en el que vive. Para ello he acudido a la experiencia personal y el trato con personas de diferentes edades partiendo desde el campo de la docencia. Conviene destacar que este pequeño estudio comenzará a quedarse obsoleto en el momento en el que se convierte en papel, porque queda registrado en un estado que "permanece", mientras que el lenguaje seguirá su curso evolutivo en el hombre y en el conjunto de la sociedad. Todo este pensamiento parte de otro en el cual se convierte un acto comunicativo en algo más complejo que el hecho de transmitir un mensaje. El hombre es un manipulador del medio en el momento en el que está utilizando las técnicas verbales o no verbales. Es decir, trata de influir en un receptor cuando hace uso del lenguaje, se trate de la edad de la que se trate. Esa manipulación no siempre es positiva ya que cabe la posibilidad de fracaso, sin embargo, el intento siempre existe cuando se realiza, algo que en la inmensa mayoría de los casos resulta de un modo del todo inconsciente. También hay que tener en cuenta que en la comunicación existe el evidente acto del emisor del propósito, es decir, la intención que establece el comunicante cuando recibe, acepta, interpreta y emite un signo de carácter lingüístico.

2. Periodo infantil

Comenzamos, pues, este estudio desde la primera de las etapas de la vida, la cual ha sido objeto de muchas preguntas de los científicos el averiguar en qué momento de la vida el hombre comienza a desarrollar su inteligencia. Y no hay una respuesta común a todas esas preguntas. Sin embargo, sí estoy en condiciones de aseverar que la tecnología ayuda en gran medida a encontrar nuevas aportaciones que den luz a este campo de investigación. Recientes descubrimientos científicos de carácter biológico han mostrado al mundo que un feto es capaz de sentir y de recibir las emociones de la madre. Está claro que nos es imposible poner un dato

temporal determinado del comienzo de dicha recepción de esas impresiones. Pero sí se puede afirmar que el desarrollo de la personalidad del hombre no comienza desde el alumbramiento sino en etapas anteriores, y es en estas etapas donde se convierte en hechos imprescindibles la comunicación madre-hijo. Algunos de estos actos comunicativos de carácter lingüístico podrían ser: unas palabras de cariño, una caricia, el sonido de la música, unos masajes... El feto, en un avanzado estado de gestación de aproximadamente cinco meses, recibe ya de una manera clara y precisa determinados “entes” comunicativos que le ayudan a empezar a labrar su entorno natural y al conocimiento de su realidad. Es evidente que todo este proceso comprende a su vez un estado natural de inconsciencia absoluta en el cual el feto organiza de igual modo su capacidad mental. Entre otras cosas porque el cerebro no termina de desarrollarse hasta los últimos días antes de finalizar el embarazo. La eterna polémica encuentra aquí su acomodo y del que no voy a participar.

Lo más asombroso de la gestación de un niño lo obtenemos en el momento del parto. Es un dato curioso, un niño, en el instante mágico del alumbramiento, cumple con una primera función en su vida: comunicarse. La primera actividad de un niño nada más salir del vientre de la madre consiste en comunicar una queja a su entorno ante “algo” que él mismo ya considera un problema (bien porque le molesta la luz, el cambio de temperatura, el exceso de ruido, o el simple cambio natural al que se ha visto sometido). Sin haber recibido ninguna enseñanza ni ningún tipo de aprendizaje de carácter lingüístico verbal o no verbal el bebé emite sin parar y de manera uniforme el sonido “a” en forma de llanto prolongado hasta que nuevamente encuentra acomodo en sus primeros minutos de vida.

Tras la gestación de la nueva vida del niño, este comienza un largo y difícil proceso de comunicación en el que se produce la alteración o el salto continuo entre dos polos: el sujeto y lo que le rodea. Los datos comunicativos que recibe consisten en ciertas percepciones visuales y sonoras. Es sabido que durante los primeros días de vida, el bebé no es capaz de oír y de ver con absoluta nitidez ya que los órganos correspondientes deben amoldarse y adaptarse al nuevo estado. Sin embargo, eso no es óbice para pensar que el mecanismo mental de adquisición de lenguaje ya trabaja a pleno rendimiento. En esta primera etapa, el bebé presta su atención en el campo visual a través de los movimientos y en el campo del habla, no tanto por lo que se dice sino por el cómo se dice. La respuesta natural de los bebés a este tipo de recepción lingüística es la no verbal, una respuesta consistente en voltear la cabeza a la par se suceden los sonidos. En este lento caminar el niño también responde a sus necesidades mediante el llanto o la expresión gestual. Sólo a través del llanto puede empezar a encontrar la solución a “sus problemas” para que sean otros, generalmente los padres, los que respondan a este acto de indefensión. A partir de las seis semanas o dos meses de vida, el bebé comienza a establecer nuevos lazos de comunicación con su entorno: un gesto de enfado, otro de asombro, una sonrisa, etc. Dos meses después, el niño ya es capaz de responder a lo que se le habla, no sólo de manera gestual, sino también de forma vocal. Es decir, ante un acto de habla el niño comprende que se está dirigiendo a él y puede llegar a sonreír, por ejemplo, o a expresar determinados sonidos vocálicos como la “a” o la “e” durante no más de 15 segundos aproximadamente. Y es a partir de los cinco meses cuando el niño comienza con el uso de los sonidos consonánticos.

Este orden de la producción de sonidos no es casual. La causa está en la facilidad que encuentra el bebé para esa producción de sonidos. El órgano de la boca tiene fácil acomodo cuando se produce el sonido “a”. Para el sonido vocálico “e” ya hay que cerrar ligeramente los labios, así como para los siguientes sonidos vocálicos: “i”, “o”, “u”. En muchos casos aprende incluso antes sus primeras consonantes que los dos sonidos vocálicos más cerrados. En este proceso de aprendizaje de sonidos, la “m” y la “p” son las dos primeras consonantes que pronuncia el niño, debido a la misma causa antes mencionada: la facilidad de producción. A los seis o siete meses de vida, el niño ya es capaz de unir vocales y consonantes construyendo pequeñas sílabas: “ma”, “mu”, “da”, etc. En la etapa siguiente el bebé comprende que la gran capacidad de habla y de comunicación se realiza en base a la repetición, al hábito de determinados comportamientos y, especialmente, a la imitación. La forma más frecuente de la adquisición de esos hábitos lingüísticos los encuentra en la imitación de los actos de habla que

se producen en su entorno. El proceso es sencillo: fija su mirada durante unos segundos en el habla de un adulto y entiende que en ese habla se están produciendo una serie de mecanismos que le ayudan a comprender que el lenguaje es más complejo que una mera sucesión de sonidos. Es decir, comienza a comprender que el lenguaje es un orden de sonidos continuos por el que se puede establecer una comunicación. Al final del primer año, esas imitaciones de sonidos provocan que el niño pueda producir sus primeras palabras. A este crecimiento lingüístico cabe decir que se trata de algo bastante obvio el hecho de ir aparejado un crecimiento fisiológico en el cual la capacidad de recepción de técnicas verbales es mayor conforme su cuerpo se hace más grande.

Junto a la adquisición de los hábitos lingüísticos entran en juego a la vez la visualización y la realización concreta del lenguaje escrito. Es decir, a una imagen o a un dibujo le acompaña el nombre de esa imagen o de ese dibujo, de tal manera que el niño sabe distinguir e identificar lingüísticamente esa realización. La observación de un aula de preescolar o de primero de infantil de cualquier colegio confirma la idea de que son imprescindibles y absolutamente necesarios los dibujos y los colores para la recepción de las capacidades lingüísticas. En esta etapa el niño aprende palabras de una o de dos sílabas de fácil pronunciación y de campos significativos comunes y corrientes de la vida diaria (casa, perro, coche, planta, verde, lápiz, uno, etc.). Es también una fase de vital importancia ya que el niño es capaz de construir frases gracias a la observación del entorno familiar y social. Generalmente esas frases se compondrán de escasos elementos oraciones como un sujeto y un verbo, y si acaso algún adjetivo. Hay investigadores que consideran que los niños generan una gramática propia ya que son ellos los que establecen una norma que aunque no es común, sí se acerca a unos parámetros similares en la gran mayoría de los casos. En estos podemos encontrar la omisión de sonidos, las construcciones gramaticales de verbo más sustantivo, el uso de determinadas palabras comodín como el pronombre "eso", el aprendizaje de los elementos que nos rodean como por ejemplo los juguetes, etc.

Ya en los últimos años (aproximadamente a los cuatro o cinco) del periodo infantil, el niño posee la capacidad de trasladar su experiencia lingüística con los adultos a su realidad. Se produce un progresivo y rápido abandono de las estructuras más elementales de la niñez para amoldarse a la gramática de los adultos, bien por contacto directo, bien por la lectura o por el visionado de elementos tecnológicos como la televisión o el ordenador. Lo novedoso del final de esta etapa está en que el niño se sorprende a sí mismo (y quizá a los demás) por el descubrimiento del diálogo como herramienta de comunicación. Hasta entonces se producía un efecto egoísta e interesado (lógico y natural) en el cual sólo el sujeto actuaba de emisor en la mayoría de los casos por encima de la figura de receptor.

3. Los niños, etapa de mayor intensidad receptiva

La primera fase se ha completado con una adquisición de lenguaje semejante a la de los adultos. Sin embargo, es desde los seis a los doce años el periodo en el que el niño absorbe de forma espectacular todos los elementos lingüísticos (verbales sobretodo, pero también los no verbales). El crecimiento físico en todos sus aspectos alcanza mayor grado cuando va acompañado de un crecimiento mental que le confiere el grado de independencia necesario incluso para la toma de decisiones. Esta idea viene a cuento en el sentido de que el niño comienza a fijarse no sólo en sus progenitores sino en el mundo que les rodea. Aquí entran en juego los factores sociocomunicativos como los mass-media, la publicidad, los amigos, el colegio, etc. En todo este engranaje, el niño da una importancia capital a las personas, bien sea por afinidad o bien sea por admiración. La imitación sigue siendo uno de los recursos más válidos para "copiar" determinadas conductas lingüísticas que se integran como uno de los factores de la personalidad.

Pese a lo anterior, considero que la recepción de los hábitos lingüísticos pertenecen todavía a un carácter natural de los sentidos. Si de algo se caracteriza esta etapa de la vida es la emoción y la pasión que el niño expresa de cara a los comportamientos del lenguaje y los

impulsos comunicativos. El crecimiento de sus capacidades de aprendizaje obtienen su mayor grado con la observación sobre todo de cuanto le rodea. Que un niño se fije en el televisor e implícitamente reciba connotaciones sociales no pertenece más que a un hecho cultural del que no se escapa nadie. Quizá podamos debatir si el volumen de información que acepta el niño sea cuantitativa y cualitativamente el adecuado, pero es lógico y natural pensar que todo cuanto sucede en la realidad el sujeto lo absorbe hasta amoldarlo a su realidad mental. ¿O no hubo que realizar una educación especial, por ejemplo, en las escuelas de España los días siguientes a aquel fatídico once de marzo de dos mil cuatro? En aquellas intensas y emotivas fechas multitud de profesores de todo el país tuvieron que amoldar el lenguaje y aquella realidad para explicar unos sucesos trágicos a unos niños susceptibles de recibir semejantes actos de barbarie con una sensibilidad especial de gran calado.

De todos los factores de condiciones lingüísticas es, sin duda, el de las emociones el que juega un papel más destacado. Pero no hay que olvidar que el niño posee otras herramientas tan útiles de cara a una correcta aplicación del lenguaje, como son la memoria y la ejecución de órdenes. En la evolución humana se observa una progresiva independencia en el comportamiento y en las actitudes, y en esa construcción opera la memoria de una forma brutal ya que tras la ejecución repetida de una orden, esta se convierte en hábito y al final el niño actúa por sí solo ante cualquier acontecimiento. Por ejemplo: si a un niño se le comunica diariamente que debe lavarse los dientes, llegará un momento no muy breve en el orden temporal en el que se abandonará esa práctica comunicativa ya que el niño habrá convertido en repetitivo el acto de lavarse los dientes.

En el aspecto puramente morfosintáctico, el niño aún no posee en esta fase las habilidades necesarias para la construcción de oraciones largas con proposiciones complejas. Sin embargo, conviene señalar que el crecimiento del volumen de vocabulario sigue un ritmo acelerado ya que el entorno social influye notablemente en su carácter a la par que progresa en su avance escolar.

4. Adolescencia, el campo comunicativo se abre a todas las experiencias

Me voy a centrar en un ámbito de población que lo defino en una edad de entre doce y dieciséis años, aun sabiendo que son edades muy superfluas y muy laxas. Realmente no se puede delimitar en modo alguno el comienzo de la pubertad y la llegada de la madurez ya que costaría en tiempo y espacio la realización de un estudio sociológico. A esto hay que añadir que los registros lingüísticos son variados y cambiantes. Hoy día tenemos en las bibliotecas libros acerca del lenguaje del móvil, el de los pijos, el de los estratos sociales bajos, el de los estudiantes, soldados, etc.

La etapa de la adolescencia es quizá la etapa en la que el joven abre su espectro comunicativo a todas las experiencias posibles, debido entre otros factores a que el joven ha conseguido la independencia y la madurez necesarias para emprender el camino en solitario para la toma de sus primeras decisiones importantes. Y es en este sentido donde se empieza a desarrollar un cúmulo de experiencias que, irremediablemente, influyen en la recepción de lo lingüístico. Muchos de los factores sociocomunicativos que convierten a los jóvenes en figuras especiales de la sociedad están en la democratización más absoluta de dicha sociedad. Para los jóvenes "vale todo". El hecho de romper moldes en la sociedad es un fenómeno de masas que atrae a los jóvenes por su capacidad atractiva de ser rebelde ante el mundo y ante quienes le protegen. Dentro de este molde, el joven se siente con la necesidad de ser alguien importante en su entorno y para ello intenta cambiar aquellas estructuras sociales que se repiten con frecuencia. La forma de vestir, los peinados, los calificados como "tuneros", los bakaladeros, etc., son factores importantes que han partido previamente de una decisión (difícil para la mayoría de casos) y que les va a condicionar en sus relaciones comunicativas.

El lenguaje también cambia en el joven en el instante en el que se despierta su apetito sexual. La relación con el sexo opuesto determina un modo de comportamiento que se acerca a la cortesía y a la buena educación, sin embargo, estos comportamientos suelen ser pasajeros

cuando se instala un grado de confianza suficiente y en cuyo caso se consolida un estado natural de las situaciones normales entre hombre y mujer.

Existe una opinión generalizada en la sociedad en el que el lenguaje juvenil se ha empobrecido notablemente. Mi opinión particular difiere en este punto ya que ese empobrecimiento se ha observado de manera nítida en el lenguaje escrito, pero no en el lenguaje hablado, donde los jóvenes siguen siendo auténticos artistas de creación de nuevas palabras o de sinónimos. La inteligencia y la sensibilidad para la recepción de conceptos es extremadamente alto en estas edades, por lo que no debiera ser anormal encontrar nombres para sustituir, por ejemplo, la palabra "porro": peta, canuto, joín... O los tratados de cortesía referidos a los saludos y a las despedidas, evidentes actos de comunicación como el choque de puños, un guiño, o expresiones como "ciao", "sayonara", "con Dios", etc.

La influencia que ejerce la sociedad en los jóvenes puede llegar a ser abrumadora a todos los efectos, porque el sujeto tiene la imperiosa necesidad de conocer y de abarcar aquellas realidades sociales que le interesan. Y para ello comienza a adquirir destrezas comunicativas según el ámbito en el que se mueva. Si a un adolescente le entusiasma un determinado deporte o una determinada actividad el lenguaje jugará un papel importantísimo para que este adolescente pueda implicarse de manera activa en esa disciplina. Curiosamente, el momento actual de la sociedad en este comienzo del siglo XXI destaca por la excesiva cantidad de información a la que tienen acceso los jóvenes, seguramente gracias a la revolución de las tecnologías y a la inquietud permanente de muchos de ellos, y paralelamente es sabido que a cuanto mayor información aportada menor conocimiento adquieren. Las causas no están claras, pero es muy posible que el lenguaje no termine de evolucionar al ritmo que evoluciona la sociedad. En algunos de los exámenes que he realizado a mis alumnos me he llegado a encontrar vocablos abreviados del tipo del lenguaje del móvil como "pa" para expresar "para", "q" para el pronombre "que" o "muxo" cuando se refiere a "mucho". No sólo nos tenemos que quedar con el error lingüístico y su posterior corrección sino que además debemos atender a unas causas y unas consecuencias quizá más profundas de calado pragmático o social.

La causa fundamental es muy posible que se encuentre en el acomodamiento de un sector de la sociedad que pretende hacer las cosas más fáciles. Los jóvenes ven el lenguaje como un vehículo de comunicación sin más importancia que la realidad que ello conlleva. Se ha producido a lo largo de los últimos años una revolución audiovisual que ha permitido que los jóvenes obvien lo escrito. Sí es verdad también que internet (correos electrónicos y chats sobre todo) y los mensajes de móviles han supuesto para los jóvenes que acaben recurriendo a la escritura para comunicarse. Pero desgraciadamente, estos fenómenos no han impedido que el desarrollo audiovisual sea todavía más poderoso y provoque en el joven un rechazo a la escritura como tal. Expertos del lenguaje juvenil como Félix Rodríguez González de la Universidad de Alicante consideran que de la misma manera que una sociedad es cambiante, esta moda también lo es, y que sólo la creatividad y la imaginación siguen su curso normal de evolución en cuanto que se aprovecha de un sector de la sociedad como la adolescencia para influir en ella. Otra de las causas se encuentra en una deficiente educación tanto en valores como en el ámbito académico. Sin olvidar que el primer enfoque de este cambio a peor se encuentra enmarcado en la misma sociedad, la programación educativa escolar de los últimos años ha ayudado a que los jóvenes pierdan la referencia del lenguaje como herramienta de integración del ser. En la sociedad actual, el lenguaje (y casi por extensión a todas las asignaturas de humanidades) ha caído en prestigio sociocultural frente a la promoción de aquellas materias que promueven una aceptación económica mayor. Esto es, prima aquella profesión cuyos dividendos y rentabilidad son mayores.

5. Última fase de recepción, ampliación del vocabulario

Una vez llegados a la edad adulta, he de aclarar en primer lugar que la edad adulta no es un periodo vital en el que la recepción lingüística ha terminado. Existe una sensación muy general de percepciones que determinan que un adulto ya no tiene ni la necesidad ni la

obligación de aprender nuevas destrezas comunicativas pues ya las ha completado con el final de su etapa estudiantil. Considero que esto no sólo no es cierto sino totalmente equivocado. El adulto, de la misma forma que el adolescente aunque en menor grado, sigue con su trabajo de aprendizaje y de adquisición de nuevas formas lingüísticas sean cuales sean. La razón básica es que el adulto tiene la obligación de vivir y de moverse en una sociedad que le necesita (niños, enfermos, ancianos, clientes, etc.). Cuando una persona encuentra, por ejemplo, un trabajo del que sabe va a permanecer un tiempo prolongado, esta va a necesitar apropiarse de los aspectos técnicos propios de la profesión que ha escogido a fin de realizar mejor su trabajo. Otra de las razones en las que fundamento la importancia de los adultos en la recepción del lenguaje es la interpretación de que las sociedades gira en torno a ellos. Son los adultos los que mueven al mundo y a los que atribuimos las propiedades de los contextos sociales, culturales e históricos, pasados, presentes y futuros.

En este capítulo nos podemos encontrar con alguna dificultad que adquiere el adulto para la comprensión absoluta de la recepción lingüística. Si bien he comentado que el adulto participa de (con) los sectores de la sociedad, también es cierto que una avanzada edad provoca que el círculo se cierre por otra de las causas ya detalladas anteriormente: la comodidad. Una vez que el adulto ha consolidado su situación personal con una familia, un trabajo, una casa, etc., aquel abandona la idea de buscar nuevas metas quizá debido a un paulatino cansancio de aprendizaje. El adulto trata por todos los medios de adaptarse a los problemas que le rodean e intenta que su vida se convierta en la búsqueda de una felicidad y bienestar que fácilmente encuentra sitio en la comodidad y en la rutina. En esta sucesión de acontecimientos sociales y personales el hombre no se preocupa de una forma consciente del lenguaje, y sin embargo, a través de las relaciones sociales y familiares el hombre continuamente está creando nuevas formas lingüísticas que apoyan la tesis de que el adulto es un sujeto activo y no del todo pasivo.

6. ¿Se pierde capacidad receptora en la vejez?

La pregunta que encabeza esta última parte del artículo está sujeta a dobles interpretaciones. Mi respuesta es que no, el anciano no pierde la capacidad de recibir impresiones lingüísticas de primer orden siempre y cuando no poseyera una disfunción física o neurológica. Es verdad que el envejecimiento provoca en el hombre una involución de las capacidades cognitivas normales en edades que sobrepasan los 60 ó 65 años. Yo creo que las causas de la involución no son producto de una enfermedad sino de una degeneración evolutiva de la naturaleza. Una planta no pierde sus propiedades cuando llega al fin de sus días, sencillamente son diferentes a cuando la planta lucía su esplendor.

La ancianidad es un sector de la sociedad de la que se ha estudiado muy poco en cuanto a su capacidad cognitiva y lingüística. Un anciano es capaz de recibir las mismas connotaciones culturales que un joven sin que se pueda establecer un deterioro de algún tipo de grado de aquel en relación con el adolescente. Lo que les diferencia es la capacidad de interpretación en la recepción del mensaje. Los estímulos entre el emisor y receptor son más lentos en los ancianos por una causa meramente hormonal y neurológica, no porque en grado cuantitativo o cualitativo sea inferior. Por lo que se puede afirmar que es el tiempo de ejecución del acto comunicativo lo que aumenta. La experiencia y el nivel cultural de los ancianos ayudan también por otro lado a que el propósito de recepción lingüística sea elevado.

La dificultad que encuentra el anciano para completar un acto comunicativo se sitúa en la falta de memoria. El acceso al léxico de los mayores se convierte en problemático ya que la falta de memoria es un obstáculo importante para nombrar objetos o personas. Sin embargo, esto no significa que el conocimiento conceptual disminuya sino más bien al contrario, aumenta. Aumenta porque el anciano dispone de las herramientas y de la experiencia suficiente como para ocupar su tiempo libre en seguir conociendo y aprendiendo. Estos fenómenos se derivan en posteriores afasias y demencias propias de la edad a la que me estoy refiriendo.

7. Conclusiones

El hombre atiende a sus necesidades mentales siempre a través del lenguaje, y para ello se habilita de formas convencionales como la lengua y el habla con los que construir su mundo y su realidad. En todo su caminar por la vida no para de recibir percepciones de carácter lingüístico que moldean su forma de ser, y en consecuencia, su vida. Pero ¿cómo recibe esas percepciones? ¿Todo influye o existe un modo vehicular de recepción? La reflexión parte de la experiencia de un familiar que viajó de muy joven a Sudamérica y regresó al cabo de un mes y medio pronunciando un lenguaje semejante al país que visitó. Bajo este prisma pensé en las múltiples posibilidades de influencia del lenguaje (verbal y no verbal) que puede llegar a tener una persona. El estudio de esas posibilidades son tan variadas como utópicas, aunque no por ello inalcanzables cuando menos para una reflexión.

Bibliografía

- ALSTON, WILLIAM: *Filosofía del lenguaje*, Madrid, Alianza Universidad, 1964.
- BERLO, DAVID K.: *El proceso de la comunicación*, Buenos Aires, El Ateneo, 2002.
- ECO, UMBERTO: *Semiótica y filosofía del lenguaje*, Barcelona, Lumen, 1990.
- ELLIS, RICHARD y McCLINTOCK, ANN: *Teoría y práctica de la comunicación humana*, Barcelona, Paidós Comunicación, 1993.
- GREIMAS, ALGIRDAS JULEN: *Semiótica y Ciencias Sociales*, Madrid, Fragua, 1980.
- KATZ, JERROLD J.: *La realidad subyacente del lenguaje y su valor filosófico*, Madrid, Alianza Universidad, 1971.
- MARTÍN SERRANO, MANUEL: *La producción social de la comunicación*, Madrid, Alianza Universidad Textos (3ª edición), 2004.
- MARCÉ i PUIG, FRANCESC: *Publicidad, mixtificación y adolescencia*, Barcelona, Publicaciones de la Universidad de Barcelona, 1984.
- MUSITU, GONZALO. y OTROS: *Psicología de la comunicación humana*, Buenos Aires, Lumen, 1993.
- O'DONELL, JAMES: *Avatares de la palabra. Del papiro al ciberespacio*, Barcelona, Paidós, 2000.
- ROMANO, VICENTE: *Ecología de la comunicación*, Hondarribia (Guipúzcoa), Hiru, 2004.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, FÉLIX: *El lenguaje de los jóvenes*, Madrid, Ariel, 2002.
- SERRANO, SEBASTIÀ: *El regalo de la comunicación*, Barcelona, Anagrama, 2004.
- URRUTIA URRUTIA, JORGE: *Sistemas de comunicación*, Sevilla, Alfar, 1990.
- V.V.A.A.: *Retos de la sociedad de información*, Salamanca, Publicaciones de la Universidad Pontificia de Salamanca, 1990.